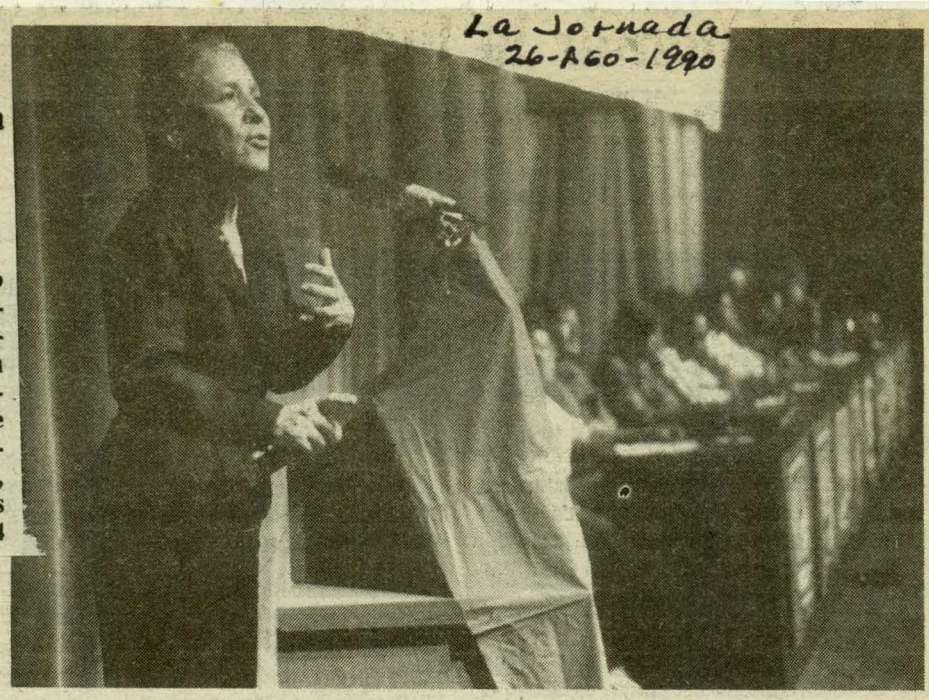
■ PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

■ Cada quien su guerra
■ Hipocresía internacional

Es mala noticia que el gobierno esté dispuesto a enviar tropas mexicanas al Golfo Pérsico. Es verdad que la crisis desatada por la invasión de Kuwait por Irak es la de mayor gravedad desde hace medio siglo, y que nadie puede marginarse de la preocupación respectiva. Pero se trata de un asunto ajeno, originado en intereses que no son los nuestros. ■ 4



La ex candidata a la Presidencia, Rosario Ibarra de Piedra, en el aniversario de la muerte de León Trotski realizado en el Teatro Hidalgo ■ Foto: **Francisco Mata**

que importa es la decisión de sumarse a un escenario no sólo riesgoso sino también confuso, en que se dirimen cuestiones que no nos conciernen en lo inmediato.

El presidente Salinas recordó ante el cartonista, como si fuera un antecedente que explicara la eventual participación mexicana en la crisis del Golfo, que México intervino en la Segunda Guerra Mundial, con los aliados. Pero la situación era por entero distinta, y requiere ser recordada. México no participó por solidaridad con un esfuerzo colectivo, sino porque fue víctima directa de una agresión. Antes, por más cercanía que por varias razones tuviera el gobierno mexicano con los aliados, simplemente se había abstenido de participar, si bien aplicó el derecho de los países neutrales a prevenir males procedentes de los Estados beligerantes, embargando buques alemanes e ilalianos surtos en puertos mexicanos.

En represalia por esa medida, a la medianoche del 13 de marzo de 1942 fue torpedeado y hundido el transporte mexicano *Potrero del Llano*. En el ataque murieron quince de los treinta y cinco tripulantes. El gobierno mexicano intimó a los de Alemania, Italia y Japón, a quienes atribuyó la agresión, a ofrecer antes del 21 siguiente "una satisfacción completa, así como las garantías de que le serían debidamente cubiertas las indemnizaciones por los daños y perjuicios sufridos". De lo contrario, advirtió la nota diplomática, México "adoptará inmediatamente las medidas que exija el honor nacional".

No sólo hubo silencio del Eje, sino un nuevo ataque. El 20 de mayo fue hundido el *Faja de Oro*, y murieron ocho personas más. Dos días después, el presidente Avila Camacho declaró la guerra a las potencias nazifascistas, y el 28 el Congreso de la Unión convalidó su declaración.

Como ejemplo de consecuencias nocivas en que puede incurrirse en este resbaladizo terreno, recordemos algo que pasó entonces. Se abrió la puerta para que la diplomacia mexicana cometiera una de las mayores aberraciones de su historia. En su afán de congraciarse con los Estados Unidos, en cuya buena voluntad cifraba sus aspiraciones para ser Presidente de la República, el canciller Ezequiel Padilla aceptó una disposición que envió a la muerte a miles de jóvenes mexicanos. Quienes se habían trasladado a territorio norteamericano para prestar el concurso de su mano de obra al esfuerzo bélico, estaban a salvo de ser enrolados porque eran nacionales de un país neutral. Cuando México dejó de serlo, Padilla aceptó que esos mexicanos cumplieran el recién establecido servicio militar obligatorio en el Ejército de los Estados Unidos. Con razón, la revista semanal *La Nación*, órgano del PAN, llamó en su portada a Padilla "el Laval mexicano", en alusión al primer ministro francés que capituló ante los nazis y encabezó el régimen colaboracionista de Vichy.

De otra parte, no fue sino hasta julio de 1944, cuando ya la guerra declinaba en Europa, que el gobierno de México decidió el envío directo de efectivos al Pacífico, a cuyo destino sólo llegaron al año siguiente. El siete de junio de 1945 por fin entraron en acción, en Filipinas. Sólo dos meses más tarde, la guerra terminaba. En la operación murieron cinco pilotos, del Escuadrón 201, la fuerza expedicionaria enviada por México, merced al "compromiso moral de coadyuvar al triunfo contra las dictaduras nazifascistas", según explicó Avila Camacho.

Si actuamos entonces con parsimonia, no obstante la agresión directa, sería erróneo sumarnos ahora a una iniciativa que, tras de la apariencia de un esfuerzo pacifista, esconde la hipocresía internacional ante la ocupación y anexión de Kuwait. Acciones semejantes han sido condonadas por los gobiernos que ahora se rasgan las vestiduras, y atrocidades previas cometidas por el mismo líder árabe al que ahora se sataniza, fueron soslayadas o abordadas con lenitud pasmosa.

Sudáfrica se apoderó de Namibia en 1966, y resistió una tras otra, durante veinte años, las retóricas resoluciones de las Naciones Unidas, que la instaban a reconocer la independencia de aquel territorio. Resistió, asimismo, el presunto bloqueo internacional, destinado a aislarla, y que resultó sistemática y abiertamente vulnerado por las potencias que hoy envían sus cañoneras para hacer efectivo el encierro de Irak.

Indignado por la agresión a Kuwait (aunque no tanto como para dejar el golf que llena sus vacaciones) el presidente Bush ha sido la quilla para el ataque al gobierno de Saddam Hussein. Le parece un acto de piratería internacional. De seguro puede reconocer con facilidad los rasgos de una conducta de esa clase. Era el vicepresidente de su país cuando tropas norteamericanas, acompañadas de una ridícula fuerza de gendarmes de otras naciones caribeñas —en calidad de comparsas, como resultaríamos siendo nosotros— invadieron en 1983 a Granada e impusieron un nuevo gobierno. Y era ya el Jefe del Estado, en diciembre anterior, cuando sus muchachos cayeron sobre Panamá, cometieron actos de barbarie que alguna vez podrán documentarse puntualmente, y consagraron a un Presidente títere, cuyos ministros son vigilados y asesorados por miembros del Ejército de ocupación. Entonces, las naciones europeas que hoy se apresuran a sumar sus recursos bélicos al ominoso bloqueo, callaron en la ONU o de plano se sumaron a la acción "disciplinaria" ejercida por Washington.

Después de que la revolución de Jomeini transformó a Irán de un enclave norteamericano en epicentro del terremoto islámico, el gobierno de Teherán quedó convertido en la bestia negra de Estados Unidos. Por ello, alentó al mismo Saddam Hussein que hoy lo reta, a guerrear contra los iraníes, al fin y al cabo que los muertos no eran norteamericanos. Durante ocho años a partir de 1980, a un costo humano y financiero altísimo, esas naciones pelearon entre sí, por cuenta de otros. Hussein no lo hizo gratuitamente. De él hubiera podido decirse entonces lo que predicó John Foster Dulles de Somoza, cuando le recordaron que era "un hijo de perra": "Lo sé; pero es *nuestro* hijo de perra". Hussein recibió asistencia militar y consolidó un arsenal que hoy lo hacen temible. Los misiles *Scud-B* con que atacó a Teherán, le fueron provistos por los países que hoy lo asedian. La misma Francia que teme una explosión del conflicto y auna su contingente al destinado a bloquear a Irak, puede hallarse ante la amarga sorpresa de que aviones construidos en sus fábricas y vendidos al régimen de Bagdad ataquen sus embarcaciones. Las eficaces plantas de armas químicas que hoy constituyen el principal instrumento guerrero de Irak, la bomba atómica de ese país pobre, no son oriundos de Mesopotamia: nacieron en Europa.

¿Y cuál fue la reacción mundial frente a la barbarie iraquí sobre los kurdos? Como se sabe, el Kurdistán fue partido en tres en una de las innumerables combinaciones que las potencias occidentales instrumentaron a lo largo de este siglo en el Medio Oriente. La nación kurda quedó así asentada en territorio de Irán, Turquía e Irak, donde constituye una minoría sufriente. En el marco de la guerra del Golfo, Teherán alentó a los kurdos de Irak a levantarse en armas. Bagdad controló la insurrección de modo terrible: lanzó contra la ciudad de Halabja, tomada por los kurdos, un ataque con bombas químicas. Causó por lo menos tres mil muertos, brutalmente calcinados por el fuego de la yperita. Se produjo, es cierto, una condena de las Naciones Unidas, pero sin eficacia práctica, como lo prueba el hecho de que hoy la destrucción de Halabja parezca el anuncio de lo que puede ocurrir en la región.

No es posible justificar la ocupación de Kuwait. Pero la similar presencia de tropas soviéticas en Afganistán se explicó con un argumento semejante: el pedido de una oposición aplastada por un gobierno dictatorial. Y hoy el gobierno de Moscú contribuye a configurar en el Consejo de Seguridad la decisión de que se aplique "fuerza mínima" al bloqueo contra Irak. Recordemos, ya que mencionamos a Afganistán, que los gobiernos de París y Bonn decidieron que aquella invasión era meramente una cuestión bilateral y se rehusaron, al contrario de lo que hacen hoy, a participar en un esfuerzo disuasivo auspiciado por Washington.

Frente a tal hipocresía, explicable por los intereses en juego en cada caso, y a la que me refiero no por razones morales, no parece prudente sumarse, ni anunciar siquiera disponibilidad para hacerlo, al bloqueo contra Bagdad. La concentración de fuerzas en la zona es ya desproporcionada al solo efecto de impedir el aprovisionamiento de Irak. Es un claro aviso de que pronto se lanzará un ataque contundente contra ese país. Y entonces habría una guerra de incalculables consecuencias, a la que no tenemos por qué asociarnos.

Irak no sería aniquilado en breve lapso. Aun si se arrojara sobre esa nación, para castigar su osadía, el poderío militar entero de Estados Unidos y sus aliados, los recursos bélicos de Irak y su hacienda reforzada, con los bienes de que se hizo en Kuwait, le permitirían lanzar un contraataque que incendiaría la comarca y aun el mundo. Los expertos calculan que Israel sería el blanco natural de esta acción de respuesta del régimen de Saddamm Hussein. Y cuando Israel legítimamente se defendiera, estaría con ello invalidando el frente árabe ahora armado contra Bagdad, pues "el enemigo principal" cambiaría de ubicación.

Pareciera que, eliminada la bipolaridad, la energía de la industria bélica debe descargarse de cualquier modo, en un frente impensado, pero potencialmente muy explosivo. A su vez, falto del adversario con quien se encaró en el último medio siglo, Estados Unidos parece ansioso por hallar uno nuevo.

Allá se lo haya. Cada quien su guerra. Lejos de sumarnos a los aprestos que conduzcan a ella, habríamos de alentar y auspiciar todo intento de restaurar la relativa tranquilidad de la zona, y con eso la del mundo entero. El bloqueo no traerá paz y sí puede llevar a la conflagración.

La Jornada
26-Dic-1990

La ex candidata a la Presidencia, Rosario Ibarra de Piedra, en el aniversario de la muerte de León Trotski realizado en el Teatro Hidalgo ■ Foto: **Francisco Mata**

Varias veces se han integrado fuerzas multinacionales, organizadas por la ONU, de cara a conflictos particulares. México no ha sido parte de ninguna de ellas. Algunos de sus diplomáticos han servido, sí, de mediadores en litigios graves. Esa tradición pacifista se rompería si se pone en práctica la disponibilidad de que habló el presidente Salinas al dibujante norteamericano Lurie, en entrevista difundida por la agencia Ap. Aparte los pormenores legales que la declaración presidencial pasa por alto (¿es posible, por ejemplo, el envío de efectivos militares sin acuerdo senatorial?), lo que importa es la decisión de sumarse a un escenario no sólo riesgoso sino también confuso, en que se dirimen cuestiones que no nos conciernen en lo inmediato.

El presidente Salinas recordó ante el cartonista, como si fuera un antecedente que explicara la eventual participación mexicana en la crisis del Golfo, que México intervino en la Segunda Guerra Mundial, con los aliados. Pero la situación era por entero distinta, y requiere ser recordada. México no participó por solidaridad con un esfuerzo colectivo, sino porque fue víctima directa de una agresión. Antes, por más cercanía que por varias razones tuviera el gobierno mexicano con los aliados, simplemente se había abstenido de participar, si bien aplicó el derecho de los países neutrales a prevenir males procedentes de los Estados beligerantes, embargando buques alemanes e ilalianos surtos en puertos mexicanos.

En represalia por esa medida, a la medianoche del 13 de marzo de 1942 fue torpedeado y hundido el transporte mexicano *Potrero del Llano*. En el ataque murieron quince de los treinta y cinco tripulantes. El gobierno mexicano intimó a los de Alemania, Italia y Japón, a quienes atribuyó la agresión, a ofrecer antes del 21 siguiente "una satisfacción completa, así como las garantías de que le serían debidamente cubiertas las indemnizaciones por los daños y perjuicios sufridos". De lo contrario, advirtió la nota diplomática, México "adoptará inmediatamente las medidas que exija el honor nacional".

No sólo hubo silencio del Eje, sino un nuevo ataque. El 20 de mayo fue hundido el *Faja de Oro*, y murieron ocho personas más. Dos días después, el presidente Avila Camacho declaró la guerra a las potencias nazifascistas, y el 28 el Congreso de la Unión convalidó su declaración.

Como ejemplo de consecuencias nocivas en que puede incurrirse en este resbaladizo terreno, recordemos algo que pasó entonces. Se abrió la puerta para que la diplomacia mexicana cometiera una de las mayores aberraciones de su historia. En su afán de congraciarse con los Estados Unidos, en cuya buena voluntad cifraba sus aspiraciones para ser Presidente de la República, el canciller Ezequiel Padilla aceptó una disposición que envió a la muerte a miles de jóvenes mexicanos. Quienes se habían trasladado a territorio norteamericano para prestar el concurso de su mano de obra al esfuerzo bélico, estaban a salvo de ser enrolados porque eran nacionales de un país neutral. Cuando México dejó de serlo, Padilla aceptó que esos mexicanos cumplieran el recién establecido servicio militar obligatorio en el Ejército de los Estados Unidos. Con razón, la revista semanal *La Nación*, órgano del PAN, llamó en su portada a Padilla "el Laval mexicano", en alusión al primer ministro francés que capituló ante los nazis y encabezó el régimen colaboracionista de Vichy.

De otra parte, no fue sino hasta julio de 1944, cuando ya la guerra declinaba en Europa, que el gobierno de México decidió el envío directo de efectivos al Pacífico, a cuyo destino sólo llegaron al año siguiente. El siete de junio de 1945 por fin entraron en acción, en Filipinas. Sólo dos meses más tarde, la guerra terminaba. En la operación murieron cinco pilotos, del Escuadrón 201, la fuerza expedicionaria enviada por México, merced al "compromiso moral de coadyuvar al triunfo contra las dictaduras nazifascistas", según explicó Avila Camacho.

Si actuamos entonces con parsimonia, no obstante la agresión directa, sería erróneo sumarnos ahora a una iniciativa que, tras de la apariencia de un esfuerzo pacifista, esconde la hipocresía internacional ante la ocupación y anexión de Kuwait. Acciones semejantes han sido condonadas por los gobiernos que ahora se rasgan las vestiduras, y atrocidades previas cometidas por el mismo líder árabe al que ahora se sataniza, fueron soslayadas o abordadas con lenitud pasmosa.

Sudáfrica se apoderó de Namibia en 1966, y resistió una tras otra, durante veinte años, las retóricas resoluciones de las Naciones Unidas, que la instaban a reconocer la independencia de aquel territorio. Resistió, asimismo, el presunto bloqueo internacional, destinado a aislarla, y que resultó sistemática y abiertamente vulnerado por las potencias que hoy envían sus cañoneras para hacer efectivo el encierro de Irak.

Indignado por la agresión a Kuwait (aunque no tanto como para dejar el golf que llena sus vacaciones) el presidente Bush ha sido la quilla para el ataque al gobierno de Saddam Hussein. Le parece un acto de piratería internacional. De seguro puede reconocer con facilidad los rasgos de una conducta de esa clase. Era el vicepresidente de su país cuando tropas norteamericanas, acompañadas de una ridícula fuerza de gendarmes de otras naciones caribeñas —en calidad de comparsas, como resultaríamos siendo nosotros— invadieron en 1983 a Granada e impusieron un nuevo gobierno. Y era ya el Jefe del Estado, en diciembre anterior, cuando sus muchachos cayeron sobre Panamá, cometieron actos de barbarie que alguna vez podrán documentarse puntualmente, y consagraron a un Presidente títere, cuyos ministros son vigilados y asesorados por miembros del Ejército de ocupación. Entonces, las naciones europeas que hoy se apresuran a sumar sus recursos bélicos al ominoso bloqueo, callaron en la ONU o de plano se sumaron a la acción "disciplinaria" ejercida por Washington.

Después de que la revolución de Jomeini transformó a Irán de un enclave norteamericano en epicentro del terremoto islámico, el gobierno de Teherán quedó convertido en la bestia negra de Estados Unidos. Por ello, alentó al mismo Saddam Hussein que hoy lo reta, a guerrear contra los iraníes, al fin y al cabo que los muertos no eran norteamericanos. Durante ocho años a partir de 1980, a un costo humano y financiero altísimo, esas naciones pelearon entre sí, por cuenta de otros. Hussein no lo hizo gratuitamente. De él hubiera podido decirse entonces lo que predicó John Foster Dulles de Somoza, cuando le recordaron que era "un hijo de perra": "Lo sé; pero es *nuestro* hijo de perra". Hussein recibió asistencia militar y consolidó un arsenal que hoy lo hacen temible. Los misiles *Scud-B* con que atacó a Teherán, le fueron provistos por los países que hoy lo asedian. La misma Francia que teme una explosión del conflicto y auna su contingente al destinado a bloquear a Irak, puede hallarse ante la amarga sorpresa de que aviones construidos en sus fábricas y vendidos al régimen de Bagdad ataquen sus embarcaciones. Las eficaces plantas de armas químicas que hoy constituyen el principal instrumento guerrero de Irak, la bomba atómica de ese país pobre, no son oriundos de Mesopotamia: nacieron en Europa.

¿Y cuál fue la reacción mundial frente a la barbarie iraquí sobre los kurdos? Como se sabe, el Kurdistán fue partido en tres en una de las innumerables combinaciones que las potencias occidentales instrumentaron a lo largo de este siglo en el Medio Oriente. La nación kurda quedó así asentada en territorio de Irán, Turquía e Irak, donde constituye una minoría sufriente. En el marco de la guerra del Golfo, Teherán alentó a los kurdos de Irak a levantarse en armas. Bagdad controló la insurrección de modo terrible: lanzó contra la ciudad de Halabja, tomada por los kurdos, un ataque con bombas químicas. Causó por lo menos tres mil muertos, brutalmente calcinados por el fuego de la yperita. Se produjo, es cierto, una condena de las Naciones Unidas, pero sin eficacia práctica, como lo prueba el hecho de que hoy la destrucción de Halabja parezca el anuncio de lo que puede ocurrir en la región.

No es posible justificar la ocupación de Kuwait. Pero la similar presencia de tropas soviéticas en Afganistán se explicó con un argumento semejante: el pedido de una oposición aplastada por un gobierno dictatorial. Y hoy el gobierno de Moscú contribuye a configurar en el Consejo de Seguridad la decisión de que se aplique "fuerza mínima" al bloqueo contra Irak. Recordemos, ya que mencionamos a Afganistán, que los gobiernos de París y Bonn decidieron que aquella invasión era meramente una cuestión bilateral y se rehusaron, al contrario de lo que hacen hoy, a participar en un esfuerzo disuasivo auspiciado por Washington.

Frente a tal hipocresía, explicable por los intereses en juego en cada caso, y a la que me refiero no por razones morales, no parece prudente sumarse, ni anunciar siquiera disponibilidad para hacerlo, al bloqueo contra Bagdad. La concentración de fuerzas en la zona es ya desproporcionada al solo efecto de impedir el aprovisionamiento de Irak. Es un claro aviso de que pronto se lanzará un ataque contundente contra ese país. Y entonces habría una guerra de incalculables consecuencias, a la que no tenemos por qué asociarnos.

Irak no sería aniquilado en breve lapso. Aun si se arrojara sobre esa nación, para castigar su osadía, el poderío militar entero de Estados Unidos y sus aliados, los recursos bélicos de Irak y su hacienda reforzada, con los bienes de que se hizo en Kuwait, le permitirían lanzar un contraataque que incendiaría la comarca y aun el mundo. Los expertos calculan que Israel sería el blanco natural de esta acción de respuesta del régimen de Saddamm Hussein. Y cuando Israel legítimamente se defendiera, estaría con ello invalidando el frente árabe ahora armado contra Bagdad, pues "el enemigo principal" cambiaría de ubicación.

Pareciera que, eliminada la bipolaridad, la energía de la industria bélica debe descargarse de cualquier modo, en un frente impensado, pero potencialmente muy explosivo. A su vez, falto del adversario con quien se encaró en el último medio siglo, Estados Unidos parece ansioso por hallar uno nuevo.

Allá se lo haya. Cada quien su guerra. Lejos de sumarnos a los aprestos que conduzcan a ella, habríamos de alentar y auspiciar todo intento de restaurar la relativa tranquilidad de la zona, y con eso la del mundo entero. El bloqueo no traerá paz y sí puede llevar a la conflagración.